



Vol. 8, No. 2, Winter 2011, 173-196
www.ncsu.edu/project/acontracorriente

De cómo Neruda devino comunista (sin ‘conversión poética’)

Hernán Loyola

Universidad de Sássari

*Hay estrellas que atisban faros adormecidos,
abogados con compases, ciegos con telescopios,
y poetas que atrapan los instantes que vuelan
y eternizan los hechos y las dudas del hombre.*

—Raúl González Tuñón, “Poema caminando”,
en *Caballo Verde para la Poesía* n° 1,
Madrid, octubre de 1935.

Por la defensa de la cultura: escritores en París (1935)

El 21 de junio 1935, apenas una semana después de la cena de celebración del *Homenaje de los poetas españoles* en Madrid, encontramos a Pablo Neruda en el Palais de la Mutualité, situado en el Barrio Latino de París, entre las dos mil quinientas personas allí reunidas para inaugurar el *Congrès International des Écrivains pour la Défense de la Culture*, cuyo intenso y multitudinario desarrollo se extenderá hasta el 25 de junio. A pesar del calor ya estival y del ingreso pagado, aquel día 21 no sólo la gran sala está repleta sino que los

organizadores han debido instalar altoparlantes exteriores para quienes no lograron entrar. Abierto con una alocución de André Gide—uno de los dos presidentes de honor, el otro es André Malraux—, el Congreso prevé diez sesiones que no sin fatiga incluirán casi un centenar de intervenciones. Los oradores representarán a los 230 delegados de 38 países, que han sido invitados previa adhesión a la convocatoria firmada por los miembros del comité (francés) de coordinación: P. Abraham, Alain, Aragon, Barbusse, J.-R. Bloch, E. Bove, J. Cassou, A. Chamson, R. Crevel, E. Dabit, L. Descaves, L. Durtain, E. Faure, Gide, Giono, J. Guéhenno, Guilloux, R. Lalou, Malraux, V. Marguerite, L. Moussinac, Nizan, R. Rolland, Vildrac, A. Viollis. La convocatoria en su versión castellana (Aznar Soler, I, 99) decía:

Un grupo de escritores, ante los peligros que amenazan a la cultura en ciertos países, plantean la iniciativa de reunir un congreso para examinar y discutir los medios para su defensa. Se proponen la precisión de las condiciones de la creación literaria así como la relación entre el escritor y su público.

Os piden incorporaros y aportar vuestras sugerencias y os plantean un primer borrador de trabajo.

Se constituirá antes de acabar el mes en cada país un comité organizador. Los firmantes esperan que desde ahora comunicuéis vuestro acuerdo de principio al secretario del Congreso [...].

La quema de libros el 10 de mayo de 1933 en la Alemania nazi, tres meses y medio escasos después del acceso a la cancillería de Adolf Hitler, conmocionó a los medios culturales europeos. No era para menos: el 10 de mayo el auto de fe tuvo lugar simultáneamente en las veintidós ciudades alemanas que contaban con universidad. Los profesores encabezaban los desfiles que precedían a las llamas. Si la Universidad de Friburgo no pudo sumarse a la quema fue a causa de la lluvia. Duraron las hogueras hasta octubre y se sumaron a la siniestra ceremonia un total de setenta ciudades. Parecía la señal para el encierro en campos de concentración de los intelectuales alemanes opuestos al régimen o simplemente pacifistas. Francia se convirtió pronto en refugio para los escritores alemanes políticamente insumisos. (Martín, 406-407)

Al retornar del congreso de escritores soviéticos celebrado en Moscú durante la segunda mitad de agosto 1934, André Malraux y Paul Nizan, que con Rafael Alberti allí habían estado presentes, gracias a la movilización de los comunistas franceses lograron repletar la Mutualité en octubre bajo el pretexto de discutir las conclusiones del dicho congreso, pero en verdad para convocar un gran congreso internacional de escritores que se realizaría allí mismo a mediados del año siguiente.

Bloch, Malraux, Nizan e Ilyá Ehrenburg redactaron en febrero un primer llamado a los escritores franceses, y así partió el movimiento que desembocará en el congreso de junio 1935.

René Crevel, designado por el comité francés de coordinación para contactar a los escritores de lengua española, había llegado a Madrid en abril. El diario *El Sol* (27.04.1935) recogió esta declaración: “Ha pasado el tiempo de las torres de marfil. El escritor tiene una misión en la calle” (cito por Revuelta 1996: 198). Crevel consagró las últimas semanas de su vida a la organización del Congreso antifascista (distanciándose así de los surrealistas y de la autoridad de Breton). Se jugó entero para lograr la participación de los escritores españoles de mayor prestigio, sin mucho éxito a decir verdad (y sin sospechar, creyendo haber sanado de una grave enfermedad, que decidirá el suicidio un mes y medio más tarde, el 18 de junio, a pocos días de la inauguración del Congreso por el que tanto había luchado). La delegación española incluyó a Julio Álvarez del Vayo, Andrés Carranque de Ríos y Arturo Serrano Plaja (declinaron la invitación Valle-Inclán, Azaña, Antonio Machado, Juan Ramón y Federico entre otros). Raúl González Tuñón, Armando Bazán, César Vallejo y Pablo Neruda fueron los delegados latinoamericanos.

Tuñón, Neruda y Serrano Plaja viajan juntos desde Madrid a París y se instalan en el Hotel Bréa, en Montparnasse (Schidlowky, 268). En carta-testimonio a Manuel Aznar Soler (II, 687-688), Serrano Plaja recordará el “plan de austeridad” que habían trazado con Neruda y Tuñón para prolongar la estadía en París cuanto fuese posible, aunque sin llegar al extremo de alimentarse sólo de patatas cocidas como hacía Vallejo, residente en París desde 1923. “Alguna noche había un poco más de fiesta, gracias, creo, a Alejo Carpentier, a quien conocí entonces y que trabajaba en alguna casa de música y tenía algo más de dinero, y también a Robert Desnos, que nos invitó alguna vez a su casa, en la que tampoco había muchos lujos.” Con el apoyo de algunos indicios a que me referiré en otra sede, presumo que Neruda permaneció en París al menos unos 15 días, y no sólo por razones político-literarias.

El Congreso de 1935 y la Internacional Comunista

El Congreso en sí mismo es resultado y síntoma de un cambio decisivo en la dinámica de la izquierda europea frente al avance—cada

vez más intranquilizador—del nazifascismo en todo el continente. Ese cambio en la política izquierdista concierne en particular a la estrategia de la Internacional Comunista (IC) o Comintern, en conexión con la política exterior de la Unión Soviética. Por supuesto, enfocaré privilegiadamente este nivel de la compleja situación por sus repercusiones en el desarrollo de la vida y obra de Neruda.

Novedad histórica sin precedentes, sin tradición propia (aparte la *Commune* de París), el estado soviético surgido de la revolución de octubre 1917 había debido enfrentar gigantescos problemas de construcción, de organización y de estrategia defensiva para sobrevivir y desarrollarse en un contexto internacional decididamente hostil. La URSS transcurrirá toda su historia en un *estado de excepción*, porque no le dieron tregua. En marzo 1919 los bolcheviques, optimistas sin embargo sobre la expansión revolucionaria en Europa, deciden dar vida a la Tercera Internacional para sustraer a las masas proletarias occidentales de la influencia de falsos revolucionarios, sobre todo de la socialdemocracia. Ya en 1920 ha adherido un número considerable de partidos, aceptando los “21 puntos” obligatorios, pero tras la caída del efímero gobierno revolucionario de Béla Kun en Hungría (1919) la situación se agrava con nuevas derrotas: las tropas soviéticas son rechazadas frente a Varsovia en agosto 1920; en septiembre del mismo año falla la ocupación de algunas fábricas en Italia y, sobre todo, en octubre 1923 las ilusiones de una tentativa revolucionaria en Alemania desembocan en un dramático fracaso. Puesto que ningún otro partido comunista logra conquistar el poder, la construcción y la defensa del socialismo en Unión Soviética—vale decir, en un solo país—deviene el mayor objetivo revolucionario.

Entre finales de 1929 y comienzos de 1930, el crack de Wall Street y la crisis económica occidental parecen confirmar la descomposición del capitalismo mientras la URSS, en cambio, retoca—hacia objetivos aún más altos—su primer plan quinquenal. Para Stalin y la IC, la pauperización del proletariado en Occidente está conduciendo a su radicalización y a una nueva ola revolucionaria. Así, durante los cuatro años siguientes la estrategia “*clase contra clase*” domina en modo rígido y sectario la política de los comunistas en Europa (y también en Chile: ver Uliánova 2008). Dentro de tal orientación adquiere máxima prioridad la lucha contra los partidos socialistas y

reformistas, en general contra todas las formas de *socialdemocracia*, rebautizada *socialfascismo* por los comunistas que ven en ella el obstáculo mayor para el fortalecimiento del frente único de la clase obrera en lucha contra la guerra, por la defensa de la URSS y en marcha hacia el poder revolucionario en cada país. La lucha directa contra el nazifascismo en ascenso aparece secundaria, o peor, subvalorada, respecto a la batalla principal contra la socialdemocracia.

En el contexto de aquellos años, esa política se revelará suicida para los comunistas, y para todo el movimiento obrero y revolucionario, particularmente en Alemania.

Si hay un país donde la orientación *clase contra clase* viene puesta en práctica así como había sido redefinida en 1929, ese país es Alemania, donde el Partido Comunista [KPD], al menos hasta 1932, considera que la socialdemocracia, denunciada como socialfascista, representa el principal obstáculo para el movimiento obrero. [...] En 1931, cuando la crisis mundial alcanza su ápice y las perspectivas revolucionarias parecen próximas a su realización, el KPD participa en un referéndum donde comunistas y nazistas unen sus votos contra el gobierno socialista de Prusia. A finales del verano 1932 [...] la progresión del nazismo se ve reafirmada en las elecciones recientes, la socialdemocracia ha sido expulsada del poder en Prusia sin ninguna resistencia y el KPD ha tenido que enfrentar en condiciones de total aislamiento los comicios presidenciales que reeligen a Hindenburg contra Hitler. (Wolikow 2004: 216, trad. mía)

El sucesivo acceso de Hitler al poder (enero 1933) sacude violentamente a la Internacional y a los partidos comunistas. Si se tiene cuenta de la fuerza y del ascendiente que hasta entonces había demostrado el KPD, la ausencia de una reacción organizada por parte del movimiento obrero alemán—máxima esperanza de la revolución en Europa—es una amarga sorpresa para los comunistas. Desde febrero-marzo 1933, en particular los partidos de Checoslovaquia y Francia multiplican iniciativas de acercamiento a los socialistas para acciones comunes contra el nazismo. Pero la IC, y un KPD reticente a asimilar la lección—a pesar de que los comunistas devienen las primeras víctimas de la dictadura hitleriana—, intentan todavía bloquear esas iniciativas y proseguir la política *clase contra clase*, descargando sobre los socialdemócratas toda la responsabilidad de la catástrofe.

Ahora bien, desde los últimos meses de 1933 las iniciativas de unidad antifascista se desencadenan en Francia en modo casi espontáneo y fuera de la influencia y del control del Comintern y del

partido mismo, el cual no puede seguir ignorándolas. A finales de mayo 1934, tras el regreso de Maurice Thorez desde Moscú (donde ha tenido una serie de encuentros con Dímitrov y otros dirigentes comunistas), se produce por fin la mutación tan esperada: el grupo dirigente de la IC y el Partido Comunista Francés (PCF) pasan rápidamente—por no decir de improviso—desde la línea *clase contra clase*, dictaminada en 1929, a la del *frente único antifascista* (para detalles, véase en particular Natoli 2002).

El tránsito no había sido simple, ni fácil.

El anticapitalismo está en el origen último del pensamiento revolucionario de los partidos comunistas desde su creación. La crítica del capitalismo había nutrido la doctrina de la IC a partir de los años '20 y se había reforzado con la crisis económica de los años '30. Proveía la base para una crítica general que afirmaba la imposibilidad de cualquiera solución parcial o temporánea. Era, en último análisis, el referente crítico esencial que justificaba la revolución. Aunque formalmente nunca abandonado, ese referente pasó a segundo plano para ceder el primero a una crítica al fascismo, individuado como una fuerza específica del poder de los máximos grupos capitalistas. La individuación, en Francia, de las *doscientas familias* más ricas como fautoras del proyecto de instauración de un régimen fascista, permitía formar un amplio frente con todos los que se oponían a la injusticia social y a la desigualdad, en el marco de un programa típico del tradicional discurso radical. La revalorización positiva de la democracia [burguesa] fue efectuada rápidamente por los comunistas franceses, a pesar de su dificultad para olvidar las críticas sin apelación sostenidas hasta entonces. La 'competición de velocidad' con el fascismo fue entablada por el PCF en nombre de la defensa de las libertades democráticas [burguesas] a partir de julio 1934. (Wolikow 2002: 33-34, trad. mía)

En octubre 1934, cuando Thorez lanza la palabra de orden *frente popular*, el PCF es todavía un pequeño partido que ha logrado firmar—hecho sin precedentes—un acuerdo con el Partido Socialista. Subsistirán algunas reservas, pero el 27.05.1935 el Comité Central del Comintern aprueba la relación de Thorez y Marty, de modo que el Congreso de Escritores constituye de hecho, en junio 1935, una primera consagración de la flamante política del *frente popular*.

El Congreso y Neruda

A pesar de que hubo ausencias notables y significativas, no siempre justificadas por la restricción al campo de los escritores, el Congreso de París representó una suerte de apoteosis, nunca más repetida, del compromiso político de los

intelectuales. [El Congreso] constituyó, por sus dimensiones, por las energías puestas en juego, por su insólita tensión moral si no por su lucidez política, una excepcional reacción a la crisis del sistema democrático en Europa y una extraordinaria iniciativa de solidaridad internacional; en suma, fue uno de los momentos simbólicos más significativos de la movilización de los intelectuales en defensa de los valores democráticos y de la libertad de la cultura. Solicitada—por la urgencia de la historia— a reflexionar sobre sí misma, sobre su identidad y responsabilidades, la comunidad intelectual trató de erigirse en sujeto colectivo y afrontar la cuestión de las relaciones entre literatura y política; creó la ocasión para reafirmar la función que cumple la literatura dotando al individuo, y a la colectividad, de conciencia, de capacidad reflexiva y mediadora, de una imagen móvil y tendencialmente problemática de sí.

—Sandra Teroni, “Introduzione” a Teroni, ed., 2002: p. XIII, trad. mía

Huella de la participación de Neruda en el Congreso es su firma al pie de un texto de protesta contra el proceso judicial que, en Buenos Aires, exigía dos años de cárcel para Raúl González Tuñón por haber publicado su poema “Brigadas de choque” en la revista *Contra*. El documento reza:

Escritores de muchos países y de diversas creencias e ideas políticas, nosotros protestamos, en nombre de la dignidad del pensamiento y la libertad de expresión, contra la política de represión ejercida por ciertos gobiernos latinoamericanos que, como el de Argentina, sostienen una política especial dedicada a perseguir a los intelectuales y artistas y a fraguarles procesos desprovistos de toda base. París, junio 1935.

Firman entre otros: Gide, Heinrich Mann, Tzara, Barbusse, Michael Gold, Waldo Frank, Malraux, Anna Seghers, Álvarez del Vayo, Jean Cassou, Vallejo, Serrano Plaja, Neruda.

Asistir al Congreso con credenciales de escritor delegado, encontrarse por primera vez junto a (por no decir: a la par con) tantos monstruos sagrados de la literatura y de la intelectualidad mundial, fue para Neruda una verdadera experiencia iniciática y la íntima confirmación del alto propósito (*profético*) que quería destinar a su escritura. Pero en ámbito más estrictamente político fue también su personal ‘*paso del Rubicón*’, pues *sólo a partir de entonces decidió instalar su vida y su obra en el área de acción de los comunistas*. Aunque todavía sin militancia regular. Deberán pasar otros diez años antes de que Neruda reciba por primera vez el carné que certificará su ingreso oficial—y para siempre—en el Partido Comunista de Chile.

Pero atención: al contrario de la *conversión poética* que le supondrá Amado Alonso (1951), al atravesar de hecho la frontera *hacia* el comunismo Neruda se limita a dejar caer en 1935, por fin, las honestas reservas que le impedían asumir la única opción ideológico-política que le interesaba, que incluso lo atraía en cuanto ciudadano y en cuanto poeta desde hacia ya varios años—al menos desde 1929 a través de su amistad con el comunista Lionel Wendt en Colombo (Loyola 2006: 397 y ss). Los indicios abundan, si bien a veces al trasluz. Hay una carta a Eandi del 17.02.1933 (en *OC*, V, 966-967), que vale la pena leer con la óptica de la nueva situación:

Una ola de marxismo parece recorrer el mundo, cartas que me llegan me acosan hacia esa posición, amigos chilenos. En realidad, políticamente, no se puede ser ahora sino comunista o anticomunista. Las demás doctrinas se han ido desmoronando o cayendo. Pero esto es para los que son *políticamente*, esto es, [para los que] existen civilmente.

Yo fui anarquista hace años, redactor del periódico síndico-anarquista *Claridad* en donde publiqué mis ideas y cosas por primera vez. Y todavía me queda esa desconfianza del anarquista hacia las formas del Estado, hacia la política impura. Pero creo que mi punto de vista, de intelectual romántico, no tiene importancia. Eso sí, le tengo odio al arte proletario, proletarizante. El arte sistemático no puede tentar, en cualquier época, sino al artista de menor cuantía. Hay aquí una invasión de odas a Moscú, trenes blindados, etc. Yo sigo escribiendo sobre sueños.

Retengamos: (1) según esta importante declaración de 1933, hace ya años que Neruda abandonó el anarquismo, una de esas doctrinas que “se han ido desmoronando o cayendo”; (2) “no se puede ser ahora sino comunista o anticomunista”, fórmula con que Neruda plantea una alternativa que ofrece sólo *una* opción posible para él (pero que entonces no podía asumir) y que además excluye de hecho, o implícitamente, otras opciones *laicas* normales (partido socialista, partido radical y demás variantes de la socialdemocracia burguesa, progresismo liberal, masonería, etcétera) que nuestro poeta no se digna siquiera tomar en consideración; (3) “le tengo odio al arte proletario, proletarizante... odas a Moscú, trenes blindados”. Cuando Neruda escribe “arte sistemático” alude obviamente al *realismo socialista* decretado en la URSS desde 1930.

Esta carta es de 1933, pero todavía en enero 1935, sólo pocos meses antes del Congreso, Neruda escribía así a Miguel Hernández: “Qué pesado se pone el mundo, por un lado los poetas comunistas, por

el otro los católicos y por suerte en medio Miguel Hernández hablando de ruiseñores y de cabras!” Más aún: hay una entrevista de Neruda con Alardo Prats publicada en Madrid por el diario *El Sol* en un día y mes de 1935 que no he logrado precisar, pero que presumo poco anterior al Congreso de París porque Prats acota que el entrevistado, “bajo el título único de *Residencia en la tierra*, prepara la publicación en España de dos libros de poemas”, lo que, se sabe, acaecerá en septiembre. En esa entrevista Neruda declaró:

Para mí, el poeta es antiintelectual por excelencia. Podrá sentir todos los problemas y expresar su sentimiento: para eso vive el poeta; [en cambio] para compararlos, dilucidarlos y resolverlos, no creo que el poeta, salvo en muy raras excepciones, tenga capacidad. [...] Quede aquello reservado para el hombre de pensamiento o para el hombre de acción... Quiero ser revolucionario dentro de mi obra. Para otras cosas no tengo capacidad para mover ni un hilo. (OC, V, 1054-1055)

Incluso al trasluz o como resistencia, entonces, se detectan indicios de la atracción que el movimiento comunista ejerce sobre Neruda desde comienzos de los años '30. A mi entender, es el resultado natural de la poética de *Residencia en la tierra*. Sin enfatizarlo hasta ahora, he venido mostrando en mi *biografía literaria* [Loyola 2006 y tomo 2 en preparación] cómo hay un hilo rojo (es el caso de decirlo) que desde *Crepusculario* atraviesa la escritura del joven Neruda, una constante que perdura e insiste a través de metamorfosis, derrotas, repliegues y renacimientos. Me refiero a esa voluntad o determinación que define la poesía de Neruda y que él mismo llamó entonces *profética*: “mi sentido profético” (“Comunicaciones desmentidas”), “lo profético que hay en mí” (“Arte poética”).

En el lenguaje del joven Neruda, lo *profético* alude a la dimensión *activa* de su escritura frente a la realidad (natural e histórico-cultural) del mundo. Alude al plano de la *acción*, opuesto y complementario al plano de los *sueños* (véase Loyola 2006, *passim*). Alude, en suma, a la proyección *práctica*, a la misión sacra pero concreta con que su poesía buscó siempre traducir *activamente* el amor infinito y apasionado de Neruda hacia la Tierra de los Hombres, hacia nuestro planeta con todos sus habitantes, hacia nuestra Casa Común en todas sus manifestaciones, historia y potencialidades. Eso que *Crepusculario* formulaba así en poemas de 1921: «Que la tierra florezca en mis acciones / como en el jugo de oro de las viñas» (“Sinfonía de la

trilla”); “No sólo es seda lo que escribo: / que el verso mío sea vivo / como recuerdo en tierra ajena / ...” (“Oración”). Eso que en *Residencia I* adquiere modulación dialéctica: *degradación / profecía* (véase Loyola 1987 y 2006, *passim*) para configurar una concepción de la poesía capaz de incidir en los procesos humanos de transformación (y progreso) de la realidad colectiva.

A lo largo de unos ocho años, las espléndidas cartas de Neruda a Eandi—desde Oriente, desde Chile, desde España—registraron sus intermitentes tentativas de aclarar(se) el término *profecía*. Así, el 21.11.1929 desde Wellawatta: «El poeta no debe ejercitarse, hay un mandato para él y es penetrar la vida y hacerla profética: el poeta debe ser una superstición, un ser mítico» (OC, V, 949). La profecía, para el joven Neruda, nada tenía que ver con predicciones o visiones, sí en cambio con la fecundación y crecimiento de lo real («*penetrar la vida y hacerla profética*»). En suma: dentro de la evolución y búsqueda del joven Neruda, nada tiene de extraño que *lo profético*, en cuanto *praxis*, haya desembocado en *lo político*. Era su vocación natural.

“*Lo profético que hay en mí*” deviene *praxis política*

Con severo rigor conceptual Neruda maneja su propio código, más atento al proyecto profundo que a la racionalidad de la formulación. Lo notable ha sido no sólo la porfía de los 10 y más años que lleva buscando dar una forma satisfactoria a *lo profético*, sino el rigor de esa porfía, la fidelidad a un irrenunciable nivel de exigencias al momento de concretar *lo profético* en cada fase de su evolución. A mediados de 1935 la *profecía nerudiana* acepta—de hecho, no declaradamente—devenir *praxis política* conexas a la nueva estrategia comunista del frente único antifascista.

Ironizando sobre la fórmula de Alonso se podría decir: Neruda *no se convirtió* poética y civilmente al comunismo (no era necesario, la propensión existía ya); al revés, fue la Internacional Comunista la que se *convirtió* a una *praxis política* que por fin hizo posible a Neruda el ‘*paso del Rubicón*’ al asumir una forma compatible con la de sus exigencias *proféticas*.

Pero ¿por qué Neruda eligió el comunismo? La clave está en sus propias frases: (1) “no se puede ser ahora sino comunista o anticomunista”; (2) “por un lado los poetas comunistas, por el otro los

católicos y por suerte en medio Miguel Hernández hablando de ruiseñores y de cabras!” En esta última cita la referencia al poeta-pastor es un modo indirecto, y ligero, de configurar su propia situación: puesto que sabemos su íntima cuanto segura imposibilidad de concebirse poeta *católico* (así como la de concebirse poeta *anticomunista*), está claro que ya a comienzos de 1935 él asigna a sí mismo—en su fuero íntimo y secreto—la opción de poeta comunista. Implícitamente declara no tener alternativa, pues la abstención o la neutralidad (bajo cualquiera forma) no le sirven, no interesan a su vocación profética. Pero aún hay reservas.

Antes de proseguir, nótese las oposiciones con que trabaja su reflexión: (a) *comunista / anticomunista*; (b) *poetas comunistas / poetas católicos*. La primera acentúa la esfera de la acción política, la dimensión civil del poeta. La segunda subraya la ideología de base en cuanto concepción del mundo y de la historia humana. Pero ambas oposiciones tienen en común el énfasis: (i) sobre una indisoluble relación entre ideología y praxis, (ii) sobre la propensión a traducir la filosofía en acción, y, más en particular, (iii) sobre la vocación teleológica (bajo formas de trascendencia o de ‘utopía’) de las doctrinas. En aquel momento de su trayectoria el joven Neruda sintió que su desarrollo, vale decir sus ambiciones literarias, le exigían adherir a una concepción totalizante de la condición humana y de su entero contexto natural e histórico, para *inscribir* en ella la irrenunciable vocación *profética* de su poesía. O sea para amplificarla, confiriéndole el significado y la proyección ambicionados que su personal esfuerzo, sin embargo, nunca lograría alcanzar por sí solo. No lo guiaban, entonces, motivos filosóficos sino literarios. Y el humilde reconocimiento, no sólo implícito, de sus propios límites individuales. Ahora bien, su experiencia indicaba al joven Neruda sólo dos concepciones totalizantes del mundo y del hombre dignas de ser tomadas en consideración: el *marxismo* y el *cristianismo*, y dentro de ellas sólo dos respectivas formas de praxis: la *comunista* y la *católica*. Así las cosas, el dilema del joven Neruda parecía resuelto.

Y sin embargo durante los primeros meses de 1935 no sólo resiste aún a la tentación (que en 1933 enmascaraba como externo ‘acoso de amigos’) sino que en su entrevista con Alardo Prats (la que presumo, repito, poco anterior al Congreso de París) insiste con sospechosa vehemencia en la *antiintelectualidad* del poeta y en su

incapacidad para pensar y para resolver los problemas que corresponden precisamente al intelectual y al hombre de acción (= el político). Es como si Neruda quisiera alzar de tono la voz de sus reservas y defensas, para equilibrar una propensión interior cada vez más fuerte.

Podría haber sido escrito en este período el poema “Vals” (OC, I, 351-352: uno de los textos iniciales de *Tercera residencia*, muy difícil de fechar), que alude por un lado a hostilidades (“Yo toco el odio como pecho diurno”) al parecer privadas o literarias—Maruca, Huidobro, de Rokha, Larrea, Jiménez—, pero también a la situación política española, todo eso si el poema es de 1935. Por otro lado el título mismo, “Vals”, podría querer sugerir una cadencia de oscilación o vacilación, un ritmo pendular como el ánimo del poeta:

*Yo toco el odio como pecho diurno,
yo sin cesar de ropa en ropa vengo
durmiendo lejos.*

*No soy, no sirvo, no conozco a nadie,
no tengo armas de mar ni de madera,
no vivo en esta casa.*

*De noche y agua está mi boca llena.
La duradera luna determina
lo que no tengo.*

*Lo que tengo está en medio de las olas.
Un rayo de agua, un día para mi:
un fondo férreo...*

*Vivo de pronto y otras veces sigo.
Toco de pronto un rostro y me asesina.
No tengo tiempo.*

*No me busquéis entonces descorriendo
el habitual hilo salvaje o la
sangrienta enredadera.*

*No me llaméis: mi ocupación es ésa.
No preguntéis mi nombre ni mi estado.
Dejadme en medio de mi propia luna,
en mi terreno herido.*

“A veces—comentó Alonso (317n)—me asalta la sospecha de que haya aquí una velada alusión a probables sollicitaciones de que Neruda cambiara su poesía ensimismada por otra de solidaridad y combate social... Pero no estoy seguro; esos ‘No me busquéis’, ‘No me llaméis’, entran en el estilo normal de Neruda que se fabrica una dualidad

dramática dentro de su sueño solitario como procedimiento de deslindar las formas de su pensamiento poético.”

Por mi parte, como quedó dicho, estos versos formularían más bien la *resistencia* de Neruda a sus *propias* solicitaciones, a su personal propensión hacia la causa comunista.

La clave para comprender tal resistencia está en la tercera frase de Neruda a Eandi, recién citada: (3) “le tengo odio al arte proletario, proletarizante... odas a Moscú, trenes blindados...”. Esta frase exterioriza—pero en un documento privado—no sólo una íntima crítica sino un fuerte rechazo a la orientación literaria, y artística en general, que promueve la Internacional Comunista desde finales de los años '20. Y sin embargo—dato muy importante—Neruda no va para otro lado, no manifiesta interés por otras opciones en ese nivel, no busca alternativas. Resta inmóvil y calla, se limita a esperar, confiado en que la convergencia está llegando.

Y así será. El íntimo conflicto de Neruda con el sectarismo político y cultural de los comunistas se resuelve en coincidencia con la mutación que la Tercera Internacional actúa en 1934. Y específicamente con el Congreso de junio 1935 en París. A Neruda no le bastaba el modelo de intelectuales comunistas como Aragon o Alberti: sus reservas se referían a la praxis del movimiento y se revelarán acertadas. Aun antes de ingresar con su poesía al área de acción de los comunistas, Neruda demostró poseer un muy lúcido sentido de la praxis política, del que veremos no pocas pruebas a lo largo de toda su vida.

Tuñón y Neruda (I)

La insoportable asociación *arte proletario & trenes blindados* se disuelve para Neruda en 1935 con la llegada a Madrid de Raúl González Tuñón (Buenos Aires 29.03.1905—14.08.1974), quien trae de Argentina dos poemas sobre la revolución asturiana de octubre 1934. Uno de ellos se titula precisamente “El tren blindado de Mieres” (el otro es “La Libertaria”, elegía a Aída Lafuente, “muerta en la cuenca minera de Asturias”). Desde comienzos de 1935, apenas llegado a Madrid, Tuñón escribe sobre el mismo asunto nuevos poemas que da a conocer en la tertulia de Cervecería Correos, en la Casa de las Flores y más tarde (septiembre) en un recital público que le organizará León Felipe en el

Ateneo, a pesar de la policía y la censura del Bienio Negro. Todos ellos constituirán la sección inicial de *La rosa blindada* (1936).

Neruda había conocido a González Tuñón durante su residencia en Buenos Aires (septiembre 1933-abril 1934). Hay una fotografía con Pablo y Raúl disfrazados de marineros para la fiesta de celebración de la novela surrealista *45 días y 30 marineros*, de Norah Lange. Seguramente González Tuñón regaló entonces a Neruda un ejemplar de su libro más reciente, *La calle del agujero en la media* (1930), con poemas de su experiencia parisina como “Escrito sobre una mesa de Montparnasse”, “Poema del Boulevard Saint Michel”, “La calle del Paso de la Mula”, “Riachuelo de la Villetta”. Al parecer no surgió en Buenos Aires una particular amistad entre ellos, pero tampoco cabe dudar de que Pablo vio en Raúl a un poeta de izquierdas que se tenía a distancia del ‘arte proletario’ de Álvaro Yunque y Elías Castelnuovo y que, en cambio, intentaba un cruce de vanguardismo formal y realismo social.

Desde 1923, o sea unos diez años antes, Raúl había publicado textos en *Martín Fierro*, la revista de vanguardia del «Grupo de Florida» que integraban entre otros Borges, Gironde, Francisco Luis Bernárdez, Eduardo González Lanuza, Leopoldo Marechal y Macedonio Fernández. *Martín Fierro* solía polemizar, más o menos amistosamente, con los escritores del “Grupo de Boedo”, identificados con la literatura de inquietud social como los ya mencionados Álvaro Yunque y Elías Castelnuovo, y también el poeta Nicolás Olivari, todos ellos amigos y camaradas políticos de Raúl. Puesto que Boedo era entonces un barrio proletario y Florida, en cambio, la avenida más elegante del Buenos Aires de esa época, la polémica entre los dos grupos asumía con frecuencia connotaciones políticas. Raúl participó en los encendidos debates *Florida versus Boedo*, pero se las arregló para hacerlo bajo ambas banderas, saludando por un lado los experimentos formales de Florida y exaltando por otro los pronunciamientos sociales de Boedo. “Solíamos leernos mutuamente—recordará mucho después en una entrevista—en el sótano del Royal Keller, en El Puchero Misterioso, aun antes de la guerrilla Florida / Boedo”.

Raúl González Tuñón lleva a cabo en poco más de diez años, desde mediados de 1920 a mediados de 1930, operaciones de carácter ideológico y estético que difieren de las de la vanguardia martinfierrista. Lee algunos surrealistas, a los que mezcla desprejuiciadamente con restos de Baudelaire y Whitman en cruces culturales que no estaban en Borges o Gironde; trabaja

sobre tópicos que, hasta entonces, habían sido monopolizados por la ‘literatura social’, conservadora desde el punto de vista estético; incorpora productivamente la dimensión política a su poesía y construye, en ella, un nuevo tipo de escritor, viajero y testigo: no sólo el que mira e inventa, sino el que juzga y agita; Tuñón altera las formas del viaje literario y rearma el *carpet de voyage* en sus primeros libros de poemas. / Ninguna de estas operaciones puede ser entendida al margen de los cambios inscriptos en el proceso de modernización cultural y urbana.

—Sarlo 1988: 155

“Participé en los movimientos literarios de vanguardia—recuerda Tuñón en su prefacio a la primera edición de *La rosa blindada* (1936)—y, sobre todo, el surrealismo contó con mi entusiasmo firme. Fue una manera de evadirse y volver a la multitud, de ganar la calle, de ejercitar valentía, [...] para entrar luego de lleno—los que supimos hacerlo—en el drama del hombre y su esperanza, en los anhelos del hombre, en su destino *sobre la tierra*.”

A Neruda no había interesado mayormente el formato realista-vanguardista (una especie de posnaturalismo poético) de *La calle del agujero en la media* (y de libros anteriores) porque era un tipo de escritura ya practicado por él mismo antes de viajar a Oriente, sobre todo en sus poemas, prosas y crónicas publicados por *Claridad*. Pero sí reclama su atención, en cambio, el nuevo modo de continuidad integradora de lenguaje vanguardista y realismo social *militante* que está cristalizando en los poemas ‘asturianos’ con que Raúl ha vuelto a Madrid. Neruda advierte en ellos un avance importante hacia la legitimación artística de una escritura comunista en sintonía con su sensibilidad estética: algo diferente de la que hasta ahora ha conocido en Chile y en Europa (Alberti, Aragon). Hay además, en estos nuevos poemas de Tuñón, un tono americano que le es afín o familiar y que sin duda favorece el impacto. Leyéndolos, no es difícil reconocer módulos expresivos (versos largos, invocaciones, anáforas, incluso imágenes) que ofrecerán a Neruda un primer repertorio instrumental para la elaboración de un lenguaje *militante*. Así, de “El tren blindado de Mieres”:

Tú, oh Mieres, la cuenca minera te desgarrá...

Tú, oh Mieres... ¡oh, carbonera!...

Es por eso que el hecho histórico favorable de Asturias

--un Octubre florecido antes de tiempo, quizá, pero memorable--

será el puente de sangre hacia la revolución definitiva

*de obreros, soldados, campesinos y marineros...
 Tuvieron que llegar los aviones,
 tuvieron que abrir sus abanicos de fuego...
 tuvieron que llegar los regimientos coloniales
 con sus ladridos de perros kakis...
 Tuvieron que venir los autobuses de la muerte...
 Tuvieron que llegar para abatir a los mineros,
 a las mujeres y a los hijos de los mineros...
 Por todas partes estallaron los hombres, nacieron los caminos
 y crecieron de golpe los niños buscadores de oro negro...
 Yo alabo tu desdicha, pequeño tren blindado que partiste de
 Mieres
 con tus vagones grises, tus doscientos mineros y una hoz y un
 martillo...
 tren blindado de Mieres pitando inútilmente...
 tren blindado de Mieres, frenado en pleno viaje...
 tren blindado de Mieres,
 sin chimenea, sin caldera, sin fogonero, sin bandera,
 tren blindado de Mieres...
 Donde crece la hierba oscura impura que nace del espanto y de
 la sangre.*

Neruda había intentado en “Estatuto del vino” una reacción poética, pero todavía en lenguaje residenciario, a la represión que siguió al octubre asturiano (véanse mis notas al poema en Loyola 1987). En su dimensión política ese poema se alejaba del individualismo anarquista y buscaba configurar, si bien en términos a la vez neorrománticos y expresionistas, la resistencia colectiva de “los hombres del vino” al oscuro dominio de un poder opresivo (el Bienio Negro). Neruda se reconocía en ese lenguaje (y no en la poesía ‘proletaria’, que le era extraña), pero debía admitir íntimamente que no era funcional a la comunicación eficaz del mensaje político. De ahí que ahora acoja con decisión—no exenta de crítica, reservas y modificaciones, según veremos—las perspectivas que el lenguaje de Tuñón le abre.

A partir de *España en el corazón* la poesía militante de Neruda incluirá ecos deliberados y citas más o menos evidentes de Tuñón. En “Explico algunas cosas”, por ejemplo, los versos “Mi casa era llamada / la casa de las flores porque *por todas partes / estallaban geranios...*” reiteran en otra clave el módulo de Tuñón “Por todas partes estallaron los hombres...”, arriba citado. Que esta específica resonancia era deliberada lo sugiere un par de versos más abajo la mención misma del poeta argentino: “Raúl, te acuerdas? / Te acuerdas, Rafael? / Federico, te acuerdas / debajo de la tierra...?”

La elegía “La Libertaria” enseña a Neruda cómo el *catálogo de héroes*, tópico de la retórica clásica aplicado a personajes de alto rango social, vale también para figuras populares definidas por su trabajo: “Ven catalán jornalero a su entierro, / ven campesino andaluz a su entierro, / ven a su entierro yuntero extremeño, / ven a su entierro pescador gallego, / ven leñador vizcaíno a su entierro, / ven labrador castellano a su entierro, / no dejéis solo al minero asturiano”. Estos versos los recordará Neruda—entre otros lugares—al cerrar su “Alturas de Macchu Picchu”, canto XII: “Mírame desde el fondo de la tierra, / labrador, tejedor, pastor callado: / domador de guanacos tutelares: / albañil del andamio desafiado: / aguador de las lágrimas andinas: / joyero de los dedos machacados: / agricultor temblando en la semilla: / alfarero en tu greda derramado”.

Así también esta copla de Tuñón: “La Legión ha entrado a España. / Que ya vienen galopando / sobre la angustia de España, / asesinando palomas / y fusilando cigarras”, que acudirá a la memoria de Neruda muchos años más tarde, pero en clave opuesta, mientras escribe *Canto general*: “sobre la nieve, sí, / madre, no mires, / que viene galopando / Manuel Rodríguez”; y más tarde aún, esta vez en clave similar: “Ya parte el galgo terrible / a matar niños morenos: / ya parte la cabalgata, / la jauría se desata / exterminando chilenos” (*Fulgor y muerte de Joaquín Murieta*).

Tuñón había conseguido hacer de los ritmos populares la matriz rítmica y sintáctica de sus libros anteriores, lo que era una novedad en la poesía culta: “Tuñón trabaja la *chanson*, sin inflexiones pasatistas o nostálgicas; por el contrario, dentro de ese esquema elabora la sintaxis de corte rápido que caracteriza las zonas más interesantes de su poesía” (Sarlo, 169). Por otro lado, la experiencia parisién le había permitido dar un espesor mayor a sus imágenes del arrabal porteño y anunciar un desarrollo: “este margen cosmopolita de prostitutas, vagos, conspiradores y ladrones, como el que Benjamin describe en sus ensayos sobre el París del siglo XIX, hace posible el desplazamiento ideológico-poético de RGT desde la ideología antiburguesa de sus primeros libros a la poesía de la revolución de los siguientes” (*ibíd.*). Tal tránsito, sólo esporádicamente insinuado en *La calle del agujero en la media*, se produce en plenitud a partir de los poemas asturianos de 1935 y en los sucesivos que integrarán *La rosa blindada* de 1936.

Tuñón y Neruda (II)

Aparte los módulos señalados, otros recursos retóricos y métricos de Tuñón eran ya conocidos por Neruda, quien los había usado en su escritura juvenil (por ejemplo en “Sensación de olor”, “Morena la besadora” y “Un hombre anda bajo la luna”, anteriores a 1924). La novedad es su aplicación, en el nivel más alto de la escritura poética, a un mensaje político revolucionario.

Pero la influencia de Tuñón quedará circunscrita, limitada al tono y a la dimensión formal, porque los textos revolucionarios de *La rosa blindada* carecen de aquello que define al proyecto poético de Neruda, vale decir, lo que hasta aquí hemos llamado su *élan profético*. A propósito de Tuñón y de sus poemas asturianos, Beatriz Sarlo (176) recurre a un pasaje de Lotman referido a los decembristas rusos: “la muerte no suscita el lamento sino la exaltación del destino heroico”. Los insurrectos de Asturias transmitían mensajes de sacrificio más que de victoria, conscientes de la desproporción de fuerzas: “Estamos creando una nueva sociedad y no debe sorprendernos que el mundo que forjamos cueste sangre, dolor y lágrimas; itodo en la tierra es fecundo, soldados del Ideal!” (citado en Sarlo, 177).

Sólo en parcial sintonía con tal exaltación heroica del sacrificio, los poemas de Tuñón (a distancia de Lotman recién citado) acentúan el *lamento* elegíaco: “No dejéis sola su tumba en el campo / donde se mezcla el carbón y la sangre, / florezca siempre la flor de su sangre / sobre su cuerpo vestido de rojo, / no dejéis sola su tumba del aire” (“La Libertaria”); “Salieron madres, tierras, con los hijos del vientre en alto, con los brazos de llantos y de asombros florecidos. / Y la fusilería los alcanzó a la entrada del cañón y los niños sangrientos con las manos cortadas, con los ojos caídos a la altura del sexo quedaron adheridos a las madres de senos desgarrados” (“Dos historias de niños”).

El polo dialéctico que Tuñón opone a la masacre de los revolucionarios es que la historia avanza por encima de los cadáveres: “Adelante, pues, por encima de las tumbas”, había escrito Goethe, citado por Tuñón en un epígrafe. Pero su formulación predominante en los textos parece débil, como dictada por un exceso de racionalidad o de realista prudencia política. A la intensidad del lamento elegíaco no opone Tuñón un contrapunto igualmente intenso de incitación épica a la victoria final. He citado más atrás la vehemencia elegíaca de algunos

versos de “El tren blindado de Mieres”. Veamos ahora el tono muy diversamente reflexivo que muestra el inicio de ese poema:

*Hablemos de un hecho favorable al proceso de la perfección.
La poesía, ese equilibrio entre el recuerdo y la predicación,
entre la realidad y la fábula,
debe fijar los grandes hechos favorables.
Hablemos de un hecho histórico favorable, feliz, a pesar del
fracaso y de la muerte.*

La insistencia sobre el adjetivo *favorable* parecería un prudente disfraz verbal (en el ámbito represivo del Bienio Negro) al enunciar el carácter subversivo de acontecimientos que perseguían el “proceso de la perfección” revolucionaria, vale decir la instauración en Asturias de un gobierno socialista, de una pequeña república de *soviets*. Sólo que más adelante el enunciado—que reitera la fórmula *hecho favorable*—es transparente, inequívoco:

*Es por eso que el hecho histórico favorable de Asturias
—un Octubre florecido antes de tiempo, quizá, pero
memorable—
será el puente de sangre hacia la revolución definitiva
de obreros, soldados, campesinos y marineros.
Y hacia la capital de la revuelta va,
en la expresión suprema del hecho favorable desemboca
el entusiasmo y la esperanza del mundo.*

Por lo tanto no se trata estrictamente de prudencia sino de un modo característico, formalmente prosaico y controlado (digamos, *antiépico*), de formular *con intención poética* el más alto nivel del significado revolucionario del episodio de Asturias (y su posible proyección universal desde una perspectiva marxista). Advierto en este fragmento la reticencia muy visible de un poeta militante que quiere *cantar* lo sucedido, y también *explicarlo*, pero que en este último nivel no osa aventurarse demasiado: “*un Octubre florecido antes de tiempo, quizá, pero memorable*”, donde ese *quizá* es hartó elocuente. Ulterior prueba de ello es la reiteración del adjetivo *favorable* en otros poemas, con similar modulación: “Por el río que arrastra el grano oscuro / corre la sangre *favorable* / de obreros fusilados contra el muro. / ... / Somos miles de muertos *favorables*”. (“Algunos secretos del levantamiento de Octubre”). Y, para cerrar la serie, una formulación particularmente ejemplar dentro del poema “El pequeño cementerio fusilado”:

*Uno tiene deseos de gritar: ¡Vuestras mujeres no olvidan,
vuestros compañeros no olvidan,
vuestros poetas no olvidan!*

*De todas maneras es posible poner el oído en el caracol de la muerte.
 Cómo sube la violenta marea de la ceniza.
 Cómo surcan los veleros del hueso las posibilidades más remotas.
 El morir por la revolución existe, es un hecho favorable.
 Nosotros sabemos lo que se debe saber.*

Curiosa mezcla de prosaísmo realista (*de todas maneras es posible; el morir por la revolución existe*) y fantasía de vanguardia (*poner el oído en el caracol de la muerte; cómo surcan los veleros del hueso*). A pesar de estar ya advertidos, igual sorprende lo extremo del tono anticlimático en la dicción “*El morir por la revolución existe, es un hecho favorable*”. Es verdad, sin embargo, que los hechos son muy recientes cuando Tuñón escribe este poema, y sería injusto restar méritos a su notabilísimo (en primer lugar por lo inmediato) testimonio político. Por lo demás, lo que en definitiva aquí importa es abordar los aspectos significativos de la relación entre las escrituras de Tuñón y de Neruda. He señalado algunas aproximaciones o afinidades entre ellas. Sobre las diferencias, a mi juicio es Beatriz Sarlo quien señala (sin pretenderlo) la clave mejor:

La idea de muerte y no de victoria prevalece en muchos de los poemas españoles de RGT... La conversión de poesía política en poesía de muerte es una constante en los textos de *La rosa blindada* (1936)... La poesía puede discurrir acerca de la muerte más eficazmente que el discurso político; puede fundar una mitología positiva, en la medida en que... se apoya, sin duda, en las convicciones que se han venido analizando: la inevitabilidad de la revolución, la ética del sacrificio frente a la inmoralidad de la explotación, el carácter colectivo y, en consecuencia, inmortal, de los sujetos. La muerte, en este marco de lucha final, puede ser pensada como ‘un puente de sangre hacia la revolución definitiva’; es feliz a pesar del fracaso; en el límite, religiosamente, es transitoria...

—Sarlo 1988: 177-178

Los elementos que Sarlo señala están efectivamente presentes en *La rosa blindada*, pero en su elaboración poética hay algo de racional e incluso de manual político (“entre el recuerdo y la *predicación*”, según Tuñón mismo) que Neruda no seguirá en sus poemas de *España en el corazón*. Al contrario, aplicará a un terreno nuevo sus íntimas convicciones materialistas, ya plasmadas en *Residencia*, en especial la dialéctica positiva inscrita en el conflicto *vida-muerte*. Por lo cual, a diferencia de Tuñón, no prevalecerá en su poesía militante *la idea de*

muerte sino la de victoria: tenderá en efecto a configurar la guerra civil y la posterior lucha antifascista como escenarios épicos donde la persecución irrenunciable de la victoria es consustancial a la causa comunista que ha abrazado, porque la identifica con la causa invencible de la Vida que pugna por florecer no sólo en el ámbito de la Naturaleza sino, también, en el ámbito *histórico* de nuestro planeta. Incluso *a través*, más que *a pesar*, de la muerte determinada por el enemigo. El sentido del combate es, pues, acelerar el cumplimiento de esa causa contra las fuerzas hostiles y negativas que han pretendido en cada fase histórica, bajo variadas formas y con funestas finalidades, aislar la Muerte separándola de (y contraponiéndola a) la Vida.

Tuñón busca un efecto trágico que suscite compasión, como en el poema de la camioneta lanzada vertiginosamente, con seis niños mineros “armados de fusiles y canciones, sobre el fracaso cierto, sobre el dolor y el miedo, [los pequeños] disparaban las armas y los cantos al conocido viento de la cuenca. / Tú los has visto muertos sobre la camioneta. / Parecían cantar sus rostros... / A la aurora las madres salieron con agujas, con piedras y con llamas. / Salieron madres, tierras, con los hijos del vientre en alto, con los brazos de llantos y de asombros florecidos. / Y la fusilería las alcanzó a la entrada del cañón...” (“Dos historias de niños”). Imágenes de muerte prevalecen en esta historia con niños y sus madres.

Cuando un año después estalle la guerra civil, el primer poema combatiente de Neruda aparecerá en *El Mono Azul* (24.09.1936) bajo el título “Canto a las madres de los milicianos muertos”, pero con modulación cuya diferencia con la de Tuñón no hace falta subrayar. De ello me ocuparé en detalle más adelante, en otra sede. Por ahora basta anticipar el inicio y otros momentos del poema que hablan por sí solos:

*No han muerto! Están en medio
de la pólvora,
de pie, como mechas ardiendo...
Madres! Ellos están de pie en el trigo,
altos como el profundo mediodía,
dominando las grandes llanuras!
Son una campanada de voz negra
que a través de los cuerpos de acero asesinado
repica la victoria...
Porque de tantos cuerpos una vida invencible
se levanta. Madres, banderas, hijos!
Un solo cuerpo vivo como la vida:
un rostro de ojos rotos vigila las tinieblas*

con una espada hinchada de esperanzas terrestres!
Dejad
vuestrs mantos de luto, juntad todas
vuestras lágrimas hasta hacerlas metales...
madres atravesadas por la angustia y la muerte,
mirad el corazón del noble día que nace,
y sabed que vuestros muertos sonríen desde la tierra
levantando los puños sobre el trigo.

Reproduzco aquí la lección “una vida *invencible* / se levanta” que trae la versión original de *El Mono Azul*, para confirmar con su adjetivo *invencible* la primaria diferencia enunciativa respecto a Tuñón (la versión canónica del poema modificará así: “una vida *invisible* / se levanta”, conservando el sentido profundo).

Coda explicativa

El texto precedente anticipa algunas páginas del tomo 2 de mi biografía de Pablo Neruda. En ellas abordo explícitamente lo que podríamos llamar *la primera fase* del cómo, cuándo y por qué el poeta devino comunista. Pero el lector deberá tener en cuenta que este proceso arranca mucho antes, incluso en la infancia misma de Neruda, según he intentado—implícitamente—narrar y documentar en el tomo 1 (Loyola 2006). El niño que se extravió en la selva austral, que descubrió en un tronco podrido la dialéctica *vida-muerte*, y que además creció en una ciudad recién nacida, Temuco, sintiendo a su alrededor la vibración pionera del trabajo en los aserraderos y en la construcción febril de las nuevas casas de una comunidad en expansión, ese niño se nutrió de procesos vivos de transformación, sea en la naturaleza salvaje de la Frontera, sea en el contexto histórico-cultural de «la entrada y desarrollo del capitalismo agrícola en el sur de Chile» (Jaime Concha). De ahí su arraigado—y por ello sólido—materialismo.

En el tomo 2 me propongo narrar y explicar cómo aquella experiencia primordial (a la que Neruda fue siempre fiel) desemboca de modo natural en un proceso de niveles cada vez más conscientes y complejos, y en cuya intimidad he intentado penetrar a través de datos objetivos: documentos, indicios, la obra misma del poeta (declaraciones, señales en prosa y en verso) y muy en particular el contexto histórico-cultural. Tarea necesaria, creo, dado que la crítica en general (desde Amado Alonso en adelante) suele examinar todo esto con prejuicios, o desde una perspectiva convencional, negando—de hecho o

en palabras—auténtica legitimidad a la opción comunista en la vida y en la poesía de Neruda. Mi intención mayor, en cambio, es la de mostrar la vía personal—visceral y no cerebral en esta primera fase—que el poeta siguió hasta asumir por grados esa opción.

Las sucesivas fases del proceso se revelarán crecientemente complicadas. Neruda aceptará desde 1936 uno de los más arduos desafíos que puede enfrentar un poeta: el de intentar una poesía (de alto nivel, claro) no sólo comprometida sino, más aún, una poesía *de trinchera*: en suma, *militante*. Soldado de una causa, pero siempre fiel al método fundamental que orientó sin tregua su escritura: elaborarla con materiales tomados de su propia vida y experiencia. Lo cual no equivale a autobiografismo, sino a un extraordinario empaste de *egocentrismo* y *alocentrismo*. Yo en el Mundo. *Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo*: este célebre aforismo de un filósofo que Neruda no amaba (Ortega y Gasset, *Meditaciones del Quijote*, 1914) bien podría, irónicamente, ser una buena formulación de su *ars poetica* fundamental. Lo decisivo es que, para Neruda, nada de la Circunstancia que le tocó vivir le fue ajeno. Incluyendo la ‘prosaica’ política.

A través de estas páginas, por qué no, he querido reafirmar con orgullo y sobre nuevas bases mi vieja tesis—que remonta a mi tesis universitaria de 1954—de que no existió la ‘conversión poética’ supuesta por Alonso, y que la poesía políticamente *engagée* de Neruda es el desarrollo natural de la poética subyacente a *Residencia en la tierra*, no su negación.

Referencias bibliográficas

- Alonso, Amado. *Poesía y estilo de Pablo Neruda / Interpretación de una poesía hermética*. Buenos Aires: Sudamericana, 1951².
- Aznar Soler, Manuel. *Primer Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura—París 1935*. 2 vols. Valencia: Generalitat Valenciana, 1987.
- Loyola, Hernán. Introducción y notas a Pablo Neruda, *Residencia en la tierra*, edición crítica. Madrid: Cátedra, 1987.

- *Neruda / La biografía literaria / Tomo 1: La formación de un poeta (1904-1932)*. Santiago de Chile: Seix Barral, 2006.
- Martín, Eutimio. *El oficio de poeta / Miguel Hernández*. Madrid: Aguilar, 2010.
- Natoli, Claudio. “Tra continuità e rinnovamento: la svolta nella politica del Comintern” en Teroni ed. 2002, 9-28.
- Neruda, Pablo. *Obras completas*. Edición y notas de Hernán Loyola. 5 vols. Barcelona: Galaxia Gutenberg & Círculo de Lectores, 1999-2002.
- Gutiérrez Revuelta, Pedro. “El galope verde de Pablo Neruda” en Hernán Loyola, ed. *Nerudiana '95*. Sássari. Seminario di Studi Latinoamericani (1996): 196-213.
- Sarlo, Beatriz. “Raúl González Tuñón: el margen y la política” en su *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 1988, 152-178.
- Schidlowsky, David. *Pablo Neruda y su tiempo / Las furias y las penas*. 2 vols. Santiago de Chile: RIL Editores, 2008.
- Teroni, Sandra ed. *Per la difesa della cultura / Scrittori a Parigi nel 1935*. [Actas del Simposio de Cágliari (Sardegna).] Roma: Carocci Editore, 2002.
- Uliánova, Olga. “Entre el auge revolucionario y los abismos del sectarismo: el PC chileno y el Buró Sudamericano de la Internacional Comunista en 1932-1933” en Rolando Álvarez, Augusto Samaniego & Hernán Venegas eds. *Fragments de una historia. El Partido Comunista de Chile en el siglo XX* (Santiago: Ediciones ICAL, 2008), 52-90.
- Wolikow, Serge. “Il Partito Comunista francese di fronte all’evento” en Teroni, ed. 2002, 29-37.
- “Alle origini della galassia comunista: l’Internazionale”, en Michael Dreyfus, Bruno Groppo, Claudio S. Ingerflom, Roland Lew, Claude Pannetier, Bernard Pudal & Serge Wolikow, eds. *Il secolo dei comunismi*. Milano: NET—Il Saggiatore, 2004.